

por último sobre sí toda la carga, por consejo de la Reina, su madre. Catalina, que sabia hacerse dueña de aquel espíritu voluble, le persuadió que aquellos grandes castigos no podian atribuirse á personas particulares, sin esponer al Soberano al desprecio de sus vasallos, y sus estados á un trastorno total; y que por otra parte los calvinistas que habian quedado, y podian ser fácilmente destruidos, no dejarian, si se les daba tiempo, de reunirse á los Montmorencis, que habian prometido públicamente vengar el agravio hecho á los Chatillones por los Guisás.

Preocupado con estas ideas el inconsiderado Monarca, autorizó la mortandad en las provincias del mismo modo que en París. Fue horrible en Meaux, en Roan, en Orleans, en Angers, en Bourges, en León y en Tolosa, sin contar las villas, lugares, aldeas y casas de campo de particulares, donde no pudieron hallar un asilo varios señores contra sus vasallos amotinados. Hubo paises donde el agua de los rios y de algunos arroyos se inficionó de tal modo con los cáveres que arrojaban en ellos, que pasó mucho tiempo antes que pudiesen beberla sus habitantes. Se regulan en setenta mil los franceses que fueron degollados por sus compatriotas. Sin embargo, quedaron en el reino muchos mas religionarios que los que habian sido pasados á cuchillo; pero quedaron desesperados, errantes lejos de sus hogares, unos en casa de amigos seguros, otros en las naciones estrangeras, y el mayor número en las ciudades que se les habian dado por asilo, hasta que la negligencia y la

inestabilidad de la corte les ofreciese ocasion para reunirse bajo la direccion de los principales sectarios que habian logrado evadirse como ellos.

57. En muchas provincias se hallaron almas mas compasivas y generosas que los esclavos de la corte. Claudio de Saboya, conde de Tenda, Simon de Gorde, San Herem, Chabot-Charni, y la Guiche, gobernadores de Provenza, del Delfinado, de Auvernia, de Borgoña y de Macon, afectaron no creer que aquellas atrocidades habian sido verdaderamente ordenadas por la corte, é impidieron su egecucion como de órdenes emanadas de los enemigos ocultos de la tranquilidad pública. El vizconde de Orthe, que tenia el gobierno de Bayona, escribió al Rey en estos términos: „ Señor, he comunicado las órdenes de vuestra Magestad á los vecinos y á la guarnicion. Entre ellos he encontrado buenos ciudadanos y militares valientes, pero ni un solo verdugo. Os suplicamos ellos y yo, que exijais de nosotros otras pruebas mas dignas de personas de honor, que por peligrosas que sean, derramaremos hasta la última gota de nuestra sangre.” La muerte del vizconde de Orthe, que no tardó en verificarse despues de esta respuesta, y la muerte igualmente precipitada del conde de Tenda, hicieron creer que la recompensa de su compasion habia sido un envenenamiento.

58. Aunque el clero habia recibido muchas injurias de los hereges, se olvidó de todo, y en cuanto le fue posible evitó las atrocidades que se habian ordenado contra ellos. El obispo de Lisieux, Juan

Hennuyer, del orden de Santo Domingo, tuvo la felicidad de liberrar á todos los de su diócesis. Habiéndole comunicado el teniente de Rey la orden que habia recibido, se opuso á su egecucion con el empeño mas tenáz. „Jamás consentiré en ello (dijo): yo soy el pastor de esta iglesia, y los que se intentá degollar son ovejas mías. Es verdad que están estraviadas, pero pueden volver á entrar en el redil. En todo caso, yo no debo permitir que se derrame su sangre; antes bien me enseña el Evangelio á derramar por ellas hasta la última gota de la mia.” Suspenso el oficial al ver esta resistencia, le pidió un certificado que la acreditase, y le guardase á él para con el Rey. El generoso prelado se le dió sin detenerse un momento. „Yo creo (añadió) que el Príncipe, cuya religion ha sido sorprendida, aprobará mi conducta; pero sea lo que quiera, aquí estoy para responder de todo.” Habiéndose participado al Rey la oposicion del obispo, quedó edificado el Monarca, y revocó inmediatamente las órdenes dadas para toda la diócesis de Lisieux. Quedaron tan edificados los religionarios de aquel país, que se presentaron casi todos ellos para abjurar en manos de tan caritativo prelado, á quien daban el nombre de Salvador. En las demás diócesis no hallaron los obispos la misma facilidad en los oficiales encargados de aquellos funestos castigos; pero en muchas partes hicieron todos sus esfuerzos para impedirlos, ó á lo menos para dar asilo á los proscriptos. En Leon se refugiaron en el palacio arzobispal trescientos calvinistas, cuando estaban mas

enfurecidos los asesinos, y se sufrió una especie de asalto contra estos hombres sangrientos, los cuales no pudieron inmolar sus víctimas hasta que echaron abajo las puertas.

Luego que llegó á los países estrangeros la noticia de estas horribles proscripciones, escitó en ellos una indignacion general, que si no rompió abiertamente, debe atribuirse esto á un efecto de política (1). Habiendo preguntado ingenuamente el duque del Infantado si eran cristianos los franceses, pues se mataban unos á otros como bestias: „poco á poco, señor duque (replicó el almirante de Castilla); ¿no sabe usted que esas inquietudes de Francia son muy útiles para el sosiego de nuestra nacion?” Apenas ocupó Gregorio XIII el trono Pontificio, mandó encender hogueras y poner laminarias en todos los barrios de Roma, hacer salvas de artilleria, y celebrar con mucho aparato una misa solemne en accion de gracias de lo que se le pintaba como la salvacion del Rey y del reino cristianísimo, pues le habian hecho creer la conjuracion del almirante y de su secta, á efecto de esterminar hasta el último vástago de la augusta sangre de San Luis, y establecer en Francia una república semejante á la de Ginebra. El primer parlamento del reino habia acreditado con un decreto formal todos los cargos formados sobre este punto contra los hugonotes, de quienes sabia por otra parte el Pontífice, que estaban siempre con las armas en la mano para despedazar á su propia pátria. Habia sido

(1) *Brantome*, t. 8. p. 184.

ahorcado en estatua el almirante, con Briquemont y Cavagne, que fueron ajusticiados en persona como sus principales cómplices, y se acumuló en la sentencia cuanto se pudo discurrir para infamar la memoria de un malvado (1). Pero hizo su efecto la compasion en el corazon del Papa; así para mitigar el rigor de la proscripcion en sí misma, como para remediar los desórdenes que creía haber sido inevitables en la egecucion. Corrieron de sus ojos lágrimas amargas, y dijo suspirando: „¡cuántos inocentes habrán sido confundidos con los culpados! Pero habrán hallado gracia en presencia del justo Juez.“

Echemos por último un velo á estos objetos melancólicos. Los hemos espuesto con una justa estension, con imparcialidad, sin ningún paliativo, sin reflexiones afectadas, y presentando solamente al lector la narracion y série de los hechos, para descubrir sus resortes y su móvil, y para convencer á toda alma recta de que una falsa política y no la religion, fue el principio de aquella obra atróz, y la dirigió en todo y por todo. La verdad, la verdad sola será siempre la defensa de una Iglesia, que no tiene que rechazar otros tiros sino los de la mentira ó de la ignorancia.

(1) *Ibid.* p. 150.

TABLA CRONOLÓGICA.

Desde el año 1560, hasta el de 1572.

PAPAS.

- CCXXIII. Pio IV, murió á 9 de Diciembre de..... 1565.
 CCXXIV. Pio V, fue elegido á 7 de Enero de 1566,
 y murió á 1º de Mayo de..... 1572.
 CCXXV. Gregorio XXIII, elegido en 13 de Mayo de 1572.

EMPERADORES.

- Fernando I, murió en..... 1564.
 Maximiliano II.

REYES DE FRANCIA.

- Cárlos IX, murió en..... 1574.
 Enrique III

REYES DE ESPANA.

Felipe II.

REYES DE INGLATERRA.

Isabel.